

## SANTIAGO A FINES Y A COMIENZOS DE SIGLO (\*)

*El escultor Nicanor Plaza.—El poeta Pedro Antonio González muere en el hospital.—El escritor Baldome-*

---

(\*) *Occidente*, N<sup>o</sup> 36, junio de 1948, págs. 37-48. (Conferencia dada en la Universidad de Chile, el 3 del actual, taquigráficamente tomada para la revista "Occidente" y publicada previa autorización y revisión de su autor).

ro Lillo.—*La Colonia Tolstoyana*.—Manuel Magallanes y Carlos Pezoa Véliz.—El pintor Juan Francisco González.—El Ateneo del 900 y los “machitunes”.

Señoras y señores: Hétenos otra vez reunidos en este recinto. Vosotros conmigo; yo con vosotros, y con todas las sombras que para mí se suscitan en estos ámbitos. En estos ámbitos donde, por primera vez, en mis mocedades resonara mi voz y donde también resonara la de todos aquellos ilustres artistas, todos desaparecidos, que esta noche voy a tratar de evocar ante vosotros.

Se ha dicho en los programas: “Finales y comienzos de siglo”. Finales de aquel XIX, comienzos de este XX. Pasar de la época de la tracción animal a la de la tracción eléctrica. Pasar de la época colonial casi, en que la vida santiaguina era íntima, era doméstica, a esta ampulosidad un poco desproporcionada y todavía un tanto disipada de la capital moderna de Santiago de Chile, que ha venido a reemplazar a aquel Santiago del Nuevo Extremo que era, hacen 50 años, las calles, las gentes y las costumbres santiaguinas.

No sabría, si se dice la generación del novecientos, hablar de otra cosa que de los artistas del novecientos, porque da la casualidad de que aquellos que vivieron postergados durante su vida, que vivieron reducidos a un secundario papel, mientras tomaban la delantera, como siempre, los hombres políticos, da la casualidad, digo, de que sean ellos los únicos cuyos nombres todavía recordamos y que inútilmente haríamos

un esfuerzo de memoria para saber siquiera quiénes fueron los ministros y los grandes personajes políticos de aquella época. Es el pequeño desquite que viene dando poco a poco la vida.

Balzac decía que la gloria es el sol de los muertos. Para aquellos que no lució en vida, perennemente luce después de la muerte. Y así en estos recuerdos que yo voy haciendo sin orden ni concierto, sin ninguna preocupación de agradar de un modo especial ni de recoger aplausos, solamente como quien habla en alta voz delante de amigos que lo escuchan y que quieren recoger y guardar sus confidencias. Porque no os quepa duda, señoras y señores, el testimonio de un sobreviviente, de un último testigo de aquella generación, tiene un valor documental enorme para las nuevas generaciones. La Historia de un país no se hace en otra forma: piedra sobre piedra. Sobre el recio cimiento del pasado el basamento del presente y del porvenir.

Hétenos, pues, reunidos para hablar de los hombres de comienzos de este siglo y de finales del pasado.

No hay una sola de las personas que aquí están, chilenas en su mayoría o extranjeros que ya convivieron con nosotros desde largo tiempo, no hay una sola, repito, que no lleve en su corazón los nombres de aquellos de quienes hablaremos. Un Nicanor Plaza, un Juan Francisco González, un Baldomero Lillo, un Carlos Pezoa Véliz, un Manuel Magallanes Moure.

Vemos y admiramos la recia estatua del "Caupolicán", soñamos ante "La Quimera". Más de una vez debéis haberos preguntado, señores, qué sentimos los

hombres de entonces cuando vimos por primera vez el "Caupolicán", y cuando presenciamos, como un milagro, la aparición de "La Quimera", en una de esas exposiciones anuales que se hacían en el Partenón de la Quinta Normal. Se hizo entonces un folleto, compuesto por los grandes poetas que vivían. Por Eduardo de la Barra, por Gustavo Valledor Sánchez, por Santiago Escuti Orrego, por Pedro Nolasco Préndez, y todos estos vates cantaron con fervor a aquella estatua llamada "La Quimera", en que parecía encarnarse el ensueño de todos, del propio modo que en el "Caupolicán" se había encarnado la pujanza y un poco la esperanza en la reciedumbre de la raza.

Nicanor Plaza a quien me fue dado conocer siendo muy niño, porque era amigo de esa abuela con quien tantas veces vine a esta misma sala para mis pequeñas y primeras conferencias; Nicanor Plaza nos frecuentaba como un amigo familiar, y aquí sí está bien empleada esa palabra que todos los días oigo emplear de una manera antojadiza cuando dicen: Fulano y sus familiares. Era, pues, una persona familiar de nuestra casa aquel gran viejo, con blanca melena, con ojos claros, con bigotes caídos, un poco a lo Vercingetorix.

Tenía la prestancia de los hombres esbeltos. Tenía la belleza, en la ancianidad, de aquellos que han pensado durante su vida y que han ido depurando sus rasgos al calor del fuego del pensamiento.

Yo era admitido tan niño en la intimidad de su taller que tenía en la calle del Ejército Libertador —creo que aún se llama así la calle—. Era una alta portada,

con grandes mármoles que servían de piso, y dentro estaban las estatuas y entre las estatuas el estuario. El, con su familiaridad con las nobles materias, hablándome a mí, tan pequeño y tan ignorante, del vasto mundo que él ya había recorrido, de aquella Francia donde viviera, de ese Alejandro Dumas, hijo, que fue su amigo, el autor de la inmortal "Dama de las Camelias"; y el chico de siete u ocho años, ávidamente bebía más en las pupilas que en los labios del narrador, la impresión de eso que se llama un recuerdo y que los niños todavía no saben lo que es.

Yo vivo muy poco sujeto a los recuerdos, salvo en estas ocasiones en que los distribuyo con mano pródiga entre los demás. Yo evangélicamente pienso que basta a cada día su afán y que hay que vivir en el presente si no se quiere envejecer demasiado de prisa. Necesitamos vivir al día, dentro del afán del día, dentro del dolor del día y la alegría diaria. Es la más grande lección, tal vez, que hayamos recogido del Evangelio; pero eso no quiere decir que no hayamos atesorado recuerdos y que no podamos, de cuando en cuando, abrir la caja de Pandora y echarlos a los cuatro vientos.

Nicanor Plaza tenía una modelo, que fue la de su "Quimera". Era frágil y tísica y murió de tuberculosis. Se llamaba Adela y a mí, niño, me inspiraba una curiosidad mezclada de no sé qué vago sentimiento que podía ser un poco amor. Yo la veía a la mujer joven y delicada peinando los albos cabellos del gran

viejo, el cual apoyaba su vida en ese frágil cayado, en ese báculo amoroso.

Recuerdo de una noche que había ido especialmente a mi casa para solicitar mi permiso, el permiso para mí, a fin de conducirme por la primera vez en mi vida a la ópera en el Teatro Municipal. Comí con ellos. Con Nicanor Plaza y su amiga y compañera. Después salimos para encaminarnos al Teatro; pero era una noche de invierno, fría, y Nicanor Plaza, que llevaba un abrigo ligero, a quien yo había encontrado magnífico vestido de frac, a quien admiraba con su chistera, su sombrero de pelo, Nicanor Plaza con quien entusiastamente yo pensaba lucirme, sabiendo vagamente que era un gran hombre, tuvo un escalofrío en el aire libre y nos dejó para ir a buscar un abrigo más espeso, y entonces fue, mis queridos amigos, la gran decepción del niño que vio volver a su ilustre hombre con una manta de Castilla encima de su traje de gala. Y en esta situación llegamos al Teatro Municipal donde, felizmente, se despojó de esos arreos y volvió a quedar magnífico en su traje de etiqueta.

Ha habido una época en Chile en que éramos, sin ninguna duda, más cultos de lo que somos ahora. Ha habido una época en que el Duque de Orleans, pretendiente al trono de Francia, de la familia de los Borbón, pasando por este pequeño y alejado país, dijo textualmente: "Hay más semejanza entre un chileno de Chile que no ha salido nunca de Chile y un francés de Francia, que entre un francés de Francia y un hijo de francés nacido en la Argentina". Esta era, pues,

la educación que tenía la sociedad chilena de entonces, y me conduelo de ver que hemos perdido en parte nuestras buenas maneras. Yo tengo mi asiento en Santiago, nada menos que en el asiento de la cultura, en la Biblioteca Nacional, y para cruzar el zaguán tomo tantas precauciones como para atravesar una calle, porque si no automóviles, voy a encontrar gentes que corren atropelladamente y que lo atropellan todo a su paso. Son las gentes que buscan la cultura en la Biblioteca Nacional.

Cuando se inauguró en el Salón Oficial de aquel año la estatua "La Quimera", fue un acontecimiento como no había memoria de otro igual. El pueblo aquel de Chile había encontrado su genial intérprete. Después, otro discípulo de Nicanor Plaza, Virginio Arias, triunfó inclusive en Europa, con su famoso grupo "El Descendimiento". Después, otro escultor, Simón González, hermano del pintor Juan Francisco González, realizó pequeñas estatuillas de tanta belleza que el Presidente de Francia al inaugurar una exposición de París, preguntó quién era el Benvenuto Cellini que cincelaba aquellas joyas. Era, pues, toda una escuela de estatuaría chilena. No hay que olvidar a José Miguel Blanco, el autor del "Tambor en Reposo". No hay que olvidar a Ernesto Concha, muerto en Europa, y a otros varios escultores de menor talla.

Era un ambiente íntimo indudablemente el de Santiago de fines y comienzo de siglo. Por un peso de entonces se podía llevar a la pastelería de don Antonio Montero a toda la familia. La copa de helados valía

exactamente diez centavos; veinte centavos la docena de pastelillos. Los jóvenes que me escuchan no podrán creer estas cifras.

Yo recuerdo que en París, la Princesa de Luciano Bonaparte se quejaba no del alza de la vida, sino de su hija Leticia, que llevaba el nombre de la madre del Emperador, que lo hallaba todo barato, así como la Princesa lo encontraba todo caro. Hemos venido al mundo como los cubos. El uno baja vacío al pozo cuando el otro sube ya lleno y me temo que no vamos a encontrarnos nunca.

Había habido un apogeo literario en Chile que culminó con la venida a nuestra tierra de un poeta que era entonces nada más que un poeta y que hoy en día es el primer poeta del habla castellana: Rubén Darío. Rubén Darío había venido joven y se había encontrado entre otros jóvenes, entre los cuales estaba aquel Pedro o Pedrito Balmaceda, hijo del Presidente don José Manuel.

Yo no pude conocer ese tiempo ya demasiado lejano. A Darío lo traté en Europa donde fuimos amigos y donde escribió el célebre soneto dedicado a mí, que viene en casi todas las Antologías.

Pero había un gran poeta en nuestra tierra, hoy injustamente olvidado: Pedro Antonio González. Hasta el momento que Pedro Antonio apareció, la poesía chilena había sido una cosa un poco familiar, también volviendo a emplear el término que usamos al comienzo. Era la poesía de Soffia, era la poesía de Guillermo Matta; eran cosas sencillas como "Las Violetas":

*¡Oh flores que nacéis tristes  
entre la hierba escondidas;  
cuánto no sois parecidas  
a esas flores que amé yo!  
Flores que en l'alma nacieron.  
en mis horas de bonanza,  
Yo las llamaba esperanza  
y el tiempo las marchitó.*

Este era el tono de los versos, pero, de repente, Pedro Antonio González enriquece de calidad verbal sus composiciones y se viene a saber entonces qué es una rima rica y un vocablo ajustado, como ajusta el lapidario una piedra preciosa. Toda esa música un tanto wagneriana ha caído en desuso, pero no por ello la obra de Pedro Antonio González, es menos digna de tomarse en cuenta. Estoy seguro de que dentro de esas resurrecciones que sufren los muertos en el arte, Pedro Antonio González reaparecerá a la memoria y en el corazón de los chilenos.

Era un hombre taciturno, casi siempre vestido de negro, con ese horrible sombrero que se llamaba hongo o tongo, y que es la única especie de sombrero que no se amolda a la cabeza, sino que la cabeza necesita amoldarse al sombrero. Siempre de negro, abstraído, con un ojo un tanto estrábico. Recuerdo que en esta misma casa, a la entrada, un día salíamos con Samuel Lillo, entonces Prorrector de la Universidad, nos cruzamos con Pedro Antonio, y Pedro Antonio se quejó amargamente de su pobreza; entonces Samuel Lillo,

benévolo, solícito, se apresuró a decirle: "Pero maestro, no debe de ser tanta su necesidad por cuanto hace dos años que Ud. no ha cobrado los exámenes en los cuales es Ud. examinador". Y González le dijo a Lillo: "Ay, trate de cobrármelos Ud. y le dejo la mitad". Efectivamente, y este es un dato histórico, cuando se cobraron los honorarios, Samuel Lillo se dejó la mitad para impedir que el poeta se la diera a cualquiera y para asegurarle una pequeña reserva en caso de futura y segura necesidad.

Un día cualquiera, Pedro Antonio González cayó enfermo al hospital. Había hecho un curioso matrimonio. Yo no sé si todas las gentes de esa familia ya han desaparecido. Era una señorita de sociedad, de un apellido conocido, que no quiero repetir, sobrina, nada menos, que del gerente del Banco de Chile en aquella época, emparentada con grandes familias. Fue discípula de Pedro Antonio, se enamoró de él y se casaron. Los cuñados, recuerdo, alcanzaron a ser amigos míos. Uno era oficial de ejército. Pero este matrimonio no duró gran cosa. Yo la conocí a ella antes de conocerlo a él, porque un amigo mío buscaba casa y no sé cómo fuimos a parar en la que habitaba Pedro Antonio González y nos recibió una señora recién casada. Era tan jovencita que nadie hubiera pensado sino que era hija de la casa. Se llamaba con un hermoso nombre árabe: "Emma". Como mi primera ilusión de amor.

Cayó al hospital de San Vicente de Pol o Paul, y esto de la pronunciación de los nombres es muy delicado a veces. A don Miguel de Unamuno dando una

clase de griego habló de Shakespeare, y le pasó, que al nombrarlo en la forma española Shakespeare sus alumnos se rieron; entonces él prosiguió la clase toda en inglés.

Así, vamos a dejarlo en San Vicente de Paul por miedo de que yo prosiga esta conferencia toda en francés. Allí fui yo a verlo. Yo era un muchacho que tenía entonces diecisiete o dieciocho años, pero ya había intimado con el poeta por una curiosa casualidad. En una ocasión me detuvo en la calle para consultarme. Me dijo: "Figúrese" —en esa época no se tuteaba ni a los niños—, "figúrese que han hecho una Academia Literaria y le han puesto mi nombre, Pedro Antonio González. Funciona en tal calle; me han invitado a visitarla. ¿No querría Ud. venir conmigo? No me atrevo a ir solo". Fuimos juntos y caímos en una sesión en que estaban discutiendo los estatutos. Nos recibieron cariñosamente. Y un año después González volvió a decirme: "Oiga Ud., Augusto. He vuelto a recibir la invitación de la Academia aquella". Volvimos a ir. Estaban en sesión discutiendo los estatutos.

Cuando supe que había caído al hospital, me apresuré en ir a verlo. Entonces la distancia que separaba San Vicente de Paul del centro de Santiago, nos parecía enorme. Cuando yo estaba en el Seminario Conciliar de los Santos Angeles Custodios y de San Rafael, era un viaje ir al Seminario; volver con la bolsita con ropa sucia, era un trajín. El hospital quedaba a una distancia no menor. Le encontré fumando, a pesar de que se le había prohibido por su enfermedad

al corazón, en uno de los corredores, porque al mismo tiempo que fumaba, él que no podía beber, bebía un rayo de sol en esa tarde apacible. Me habitué a ir día a día y tarde a tarde a charlar con él para recibir yo también el rayo de sol.

Entonces, los muchachos, cómo seríamos de primitivos en esta tierra nuestra, que admirábamos a los grandes hombres. Era corriente, yendo por la calle, ver volverse a la gente y susurrar un nombre. Cuando alguna vez, muy joven, fui a esperar esa salida de la Catedral en que las mujeres llevaban todavía el manto, los fieles y las fieles se distraían diciendo: "Allí está Augusto Thomson". Es que era, señores, una época tan primitiva que hasta a los pequeños aspirantes a grandes hombres también se les admiraba.

Un día hallé a González particularmente afectado y quise saber qué lo agobiaba así. Me dijo: "Acabo de tener la visita de mi amigo Pedro Nolasco Préndez. Me ha manifestado que quiso renovar su seguro de vida y que el médico se lo canceló, y me ha dicho, tú no sabes lo que es sacar una familia sirviendo de padre y de madre", porque Préndez se había quedado viudo. "Yo le dije —dice González—, ¿por qué no haces que te ayude tu hijo Pedro? Uno que ya es viejo y que fue Alcalde de Santiago. Y me dio esta contestación —decía González—, que me ha removido el corazón: me dijo: "déjalo que se divierta que bien pronto va a caerle encima un fardo harto pesado". ¡Y en efecto, Pedro Préndez poco tiempo después tenía que hacerse

cargo de toda la familia y tenía que ser sostén de familia, como esas cariatídes que sostienen los muros!

Iba a verlo noche a noche a pesar de no ser hora de visita, un amigo íntimo suyo, que se llamaba Oportus; un profesor distinguidísimo, un tanto alcohólico, como González, y cuyo raído traje no le permitía exhibirse a la luz del día y se recataba entre las sombras para ir a ver día a día a su amigo.

El último día, Pedro Antonio llamó delante de mí a la madre Margarita, que así se llamaba la monja francesa, su enfermera, y le preguntó: “¿No ha venido una señora a preguntar por mí?” Y como le contestaran negativamente, dijo: “Si viniese, hágala Ud. pasar”. Y hasta el último momento Pedro Antonio González se volvió hacia la puerta de entrada, por donde no llegó nadie.

Cuando cerró los ojos interinamente —porque ya sabéis que a los cadáveres hay que volverles a cerrar los ojos y esa misión me tocó a mí—, cuando cerró los ojos encontramos en el cajón de su mesilla de noche, de su velador como dicen aquí, una moneda de dos centavos y la última página del último de sus poemas. Se le había llevado mucho dinero, pero él lo repartía entre los otros más necesitados que él. Y los versos decían:

*“Siento que mi pupila ya se apaga  
bajo una lumbre misteriosa y vaga.  
¡Tal vez cuando la luna se alce incierta*

*yo esté ya lejos de la luz que vierta;  
tal vez cuando la luna ya se vaya  
ni un rastro haya de mí sobre la playa!"*

Cuando descubrimos el cuerpo para vestirlo, nos encontramos con la sorpresa de que no había necesidad. Pedro Antonio González había pasado los tres meses de su enfermedad con los pantalones puestos porque no tenía tal vez otra ropa interior.

Se le llevó a la Escuela de Medicina. Porque no hay nadie, señoras y señores, que esté más cerca de los artistas que los médicos. Yo no sé por qué. Pero esto no es solamente en Chile. Es en todas partes del mundo. Los médicos son siempre nuestros amigos. Yo no he estado casi en mi vida enfermo, pero estoy seguro de que cuando llegue a estarlo, no necesitaré pagar ningún médico.

Los estudiantes de medicina lo llevaron a su Escuela y lo velaron en el amplio y marmóreo vestíbulo. Allí montaron guardia durante toda la noche. Pero yo volví inquieto al hospital, porque tenía una preocupación: la del viejo amigo Oportus, que iba a presentarse al anochecer y que si no se prevenía a tiempo iba a encontrar la cama vacía. Y cuando lo vi venir corrí hacia la monja y le supliqué que lo detuviese y que le explicase... Se le sepultó a este hombre que había vivido casi en la indigencia, con gran pompa. Y hubo muchos Ministros que asistieron al sepelio; muchos personajes políticos que tomaron la palabra, tantos, que sus amigos no pudimos decir esta boca es mía.

Y fue en esta sala donde en una velada fúnebre, yo pude leer un largo discurso que se llamaba "Los últimos días del poeta", que duró casi dos horas, que no se ha publicado nunca y que, en un momento dado, hizo llorar a sollozos a la concurrencia.

Apareció en esta casa universitaria un amanuense modesto que era hermano del Rector, don Samuel Lillo, venido del sur, se llamaba Baldomero. Era un hombre esmirriado, con un fardo invisible en las espaldas, con un horrible hongo también en la cabeza, cetrino; escribía a máquina, cosa que no sabíamos hacer los demás, cuentos, y con estos cuentos reunió un libro, y un día, cuando ya vivía él y yo en San Bernardo, donde fuimos no sé por qué a agruparnos los artistas en torno a Manuel Magallanes Moure, un día, digo, Baldomero que era quince o veinte años mayor que yo, me vino a consultar sobre el mérito de sus cuentos y me preguntó qué título podía darle al libro, yo que era tan afortunado para los títulos ¿no podría darle uno? A mí se me ocurrió después de leer aquellos relatos de las entrañas de la tierra, de los mineros, se me ocurrió un título y se lo di tímidamente: "—No es correcto latín; se podría llamar "Sub-Terra". Para ser exactamente latín habría que agregarle una "ae" que suena muy mal". "—Lo consultaré con mi hermano", dijo. Y su docto hermano le manifestó que no era correcto. Pero, pasado el tiempo, con gran asombro, vi aparecer el libro con ese título.

Después, cuando escribí cuentos de la superficie de la tierra, después de haber tenido el gran éxito que tuvo su primer libro, también vino a verme y me dijo: “—Ud. que ha sido tan afortunado con mi primer título, ¿por qué no me da un nombre para el segundo?” “El segundo ya está hecho —le dije—, “Sub-Sole”, y así se llamó el segundo. Dos libros que forman parte de las antologías de las buenas obras chilenas. Es el primer grito social que se ha dado en este país. Es la primera vez que la existencia de los humildes, de aquellos que no tienen un portavoz, encontró su cronista. Es la primera vez que los que se calientan al amor de la chimenea, llegaron a saber cómo se extrae el carbón de debajo del mar.

En esta primera parte veo anunciada la “Colonia Tolstoyana”. ¿Qué ha sido esta Colonia Tolstoyana de la cual se habla, sobre la cual se han hecho bromas y cuyo recuerdo permanece como una gran quijotada? Como tuve en suerte el haber sido su promotor, yo debería absolver estas dudas y estas preguntas. Pero es el caso que es muy difícil disipar las leyendas y es muy peligroso. Y yo me atengo un poco a esta leyenda que se ha ido tejiendo en torno a la Colonia Tolstoyana y que me alcanza un poco. Entrar en la leyenda es, creo, más hermoso que entrar en la historia, y yo que no he deseado nunca entrar en la historia, me contentaría con pasar a la leyenda.

La Colonia Tolstoyana la inventamos de nuestras

lecturas de Tolstoy. Sufríamos como el patriarca de Yasnaya Poliana de no poder armonizar las cosas, de ser inútiles artistas, pero no artesanos. Y de esta consolidación nació la Colonia Tolstoyana.

En mi oficina hay una fotografía chiquita en que estamos sentados Julio Ortiz de Zárate y yo. De edad de 20 años cada uno. Dice atrás: "En vísperas de partir para la Colonia Tolstoyana". Es muy curioso ver a d'Halmar de polainas, con un sombrerito y es muy reconocible el aspecto simpático, un poco macizo, de Julio Ortiz. Estamos en un parque que no puede haber sido el Forestal, porque en aquella época no existía. Debe de haber sido la Quinta Normal o el Parque Cousiño. Pero, perdonen ustedes, no vayan a creer que soy un viejo porque dije que no existía el Parque Forestal. Yo paseaba por aquellos terrenos baldíos con don Paulino Alfonso, quien me explicaba cómo ése iba a ser un gran parque. Me acuerdo que había comprado un horno de panadería en donde iba a hacer su casa en una parte donde está hoy la calle que lleva su nombre.

La Colonia Tolstoyana pidió auxilio al Gobierno en una forma muy original. Yo sabía que tenía como admirador a un Coronel del Ejército, y no me extraña, porque acabo de saludar en esta sala a otro amigo Coronel. Ese Coronel se llamaba Jorge Boonen Rivera. Había tenido un sonado duelo a pistola con el General del Canto, el cual le voló una parte de la nariz porque tenía admirable puntería. Era Inspector de Tierras y cuando lo fui a ver me dio una cantidad tal de

hectáreas que no las pudimos recorrer todas. Dice Santiván que si las hubiéramos conservado, seríamos hoy tan ricos como los Smitmans o no sé qué ricos hacendados del sur. Estaban a la orilla del Lago Villarrica, que hoy se llama Pucón. Nunca vimos el fin de nuestras hectáreas. Nos vimos con peripecias sin número. Caímos como rehenes en poder de unos bandidos y no fue lo más grave esto, sino que la capitana se enamoró de mí y esto sí que era peligroso. Estuvimos tres días en poder suyo y por fin, viéndonos tan inofensivos en todo sentido, nos dejaron libres y hasta nos acompañaron un buen trecho de camino. Y fuimos a marcha forzada hasta nuestra dichosa Colonia Tolstoyana. En todas partes de los pueblos grandes salían los reporteros a preguntar a d'Halmar qué era esa idea de una Colonia Tolstoyana. No debe de haber sido tan descabellada nuestra idea, por cuanto seis meses después, en Africa del Sur, establecía otra Colonia Tolstoyana un hombre cuyo nombre tal vez no conozcáis, que se llamaba Mahatma Gandhi.

Tolstoy nos envió quince rublos y una tarjeta postal en ruso que nunca pudimos descifrar. Al cabo de un invierno que no concluía, porque dicen que en el sur llueve trece meses al año, cuando vimos que empezaba a salirnos musgo, nos volvimos cariacontecidos hacia el centro del país, pero, como temíamos hacer el ridículo, nos fuimos junto a la capital, a un pueblo, San Bernardo. La razón de nuestra elección era muy sencilla. Allí teníamos como amigo a Manuel Magallanes, el cual no nos dio sólo una casita para que vi-

viéramos, sino un potrero para que lo aráramos. Y dice la leyenda que yo araba con guantes, cosa que no está tan mal, porque andando el tiempo, me encontré con que en Panamá los trabajadores a bordo tenían que trabajar con guantes. Son los adelantos de la civilización.

En San Bernardo hubo, pues, la segunda Colonia Tolstoyana, en la cual se agruparon muchas otras gentes. Fueron de allá el gran pintor Pablo Burchard, que lo hubiéramos tenido en esta sala si hubiera aprendido a leer, pero vive en la estratósfera y nunca sabe lo que pasa. Sigūe siendo tan niño como cuando era joven, sigue siendo tan bueno y malvado a la vez, como cuando en la Colonia Tolstoyana le tocaba ser cocinero y nos íbamos quedando sin vajilla y un día que se nos cayó un cubo al pozo, uno de nosotros se ató para que lo bajaran y empezó a extraer platos, porque el cocinero Pablo Burchard prefería echarlos al pozo, a tener que lavarlos.

Ya veis que dentro de la pequeñez de nuestro país no hemos hecho tan mal papel los tolstoyanos. Julio Ortiz de Zárate murió siendo Director del Museo Nacional y uno de los primeros pintores; Pablo Burchard obtuvo el Primer Premio Nacional de Pintura; yo tuve el Primer Premio Nacional de Literatura; Santiván es, seguramente, uno de los próximos premios nacionales, y así, cada uno de nosotros. Bakhaus murió; Rafael Valdés también murió; quedamos algunos y pensamos quedar algunos todavía.

Y ahora, señores, vamos a hacer un pequeño in-

tervalo. Os hablaré simplemente, para finalizar estos recuerdos mal amalgamados, de nuestra Colonia Tols-toyana, de un pan que hicimos, que batimos nosotros mismos la masa y que, al cabo de muy poco tiempo se puso tan duro, que Manuel Magallanes trancaba la ventana con él como con una barra, y yo me temo que los descubridores de antigüedades del porvenir no puedan saber de qué acero está hecha aquella masa.

\* \* \*

Manuel Magallanes Moure que fue nuestro huésped, usando este hermoso término español, que significa lo mismo el que recibe hospitalidad que el que la brinda, como para no hacer entre ellos ninguna diferencia. Manuel Magallanes Moure era un hombre fino, de barba oscura, de rostro alargado, de maneras señoriales y sumamente sencillo. Era casado con una prima suya, un tanto mayorcita, por cuanto había alcanzado siendo pequeña a tejerle los primeros botines que llevó Manuel Magallanes. Había una pequeñísima diferencia de años que ya bastaba para que ella se sintiese una madrecita del que fue su marido.

Yo adoraba aquel hogar. La primera vez que llegué a él, sin embargo, me pasó una aventura un poco cómica. Estábamos en la mesa; yo conversaba tan animadamente, como suelo hacerlo y de repente viene la criada y me lleva el plato; yo partí detrás y lo recuperé. La segunda vez que volví a casa de Magallanes también me aconteció algo que no fue muy grato. Ha-

bía en la puerta una señorita que di por establecido que debía haber conocido. Me empeñé en darle la mano que ella retiraba, hasta que logré pescársela. Y entonces recordé que era la muchacha que me había llevado el plato.

A esa casa acudían nuestros amigos pintores, porque Magallanes era pintor también. Tengo una delicada mancha suya, como también tengo otra de Samuel Lillo. Acudían pintores como Juan Francisco González, al cual le gustaban las mujeres con un ligero bozo, porque le parecían duraznos priscos.

Juan Francisco González era un hombre encantador. Quien no le haya conocido no sabe hasta dónde un hombre puede influir en los demás y llegar a ser un verdadero maestro. Si a mí, escritor, mal escritor, orador, peor orador, se me preguntara quién ha sido mi maestro, diría que Juan Francisco González, a pesar de que yo no he pintado nunca. El me enseñó esa gran lección que se llama la vida. El amor de las cosas humildes. Me enseñó a inclinarme debajo de los árboles para descubrir las briznas de hierba y a descubrir la belleza de un crisantemo marchito.

Sus palabras tenían una gracia. Cuando un día fuimos al Convento de Santo Domingo y los pobres padres muy complacidos le mostraron las restauraciones que le habían hecho, González les dijo: "Pero si han dejado la iglesia como una concha de jabón". Eran las expresiones justas que encontraba para dar la sensación de las cosas. Una concha de jabón.

A la casa de Manuel Magallanes acudía el gran

pintor. Ibamos a recibirlo a la estación. Vivíamos como en familia todos. Yo era empleado en los Ferrocarriles como Washington Espejo, padre de Jorge, el pianista de estas conferencias; hasta tenía pase libre. Pero los Inspectores, los "controleurs", eran muy exigentes, y un día, al tomar el pase de Washington Espejo se lo devolvieron, diciéndole: "Este pase no vale sino hasta Lo Espejo". Y él les contestó: "Vale hasta Washington".

Así, pues, Manuel Magallanes agrupaba a todas estas gentes chilenas, entre los cuales figuraba también un colombiano, un poeta que pasó por aquí y que casi murió en nuestra tierra: Isaías Gamboa. En esta sala resonaron sus versos "Ante el mar". Estos ámbitos lo oyeron: tal vez ellos recuerdan su nombre que tal vez vosotros ya no recordéis.

La religión de la memoria no es la manía de recordar. Aquí en esta casa se hizo el "Ateneo", primer intento, ya después de la primera salida de Don Quijote que se llamó la Colonia Tolstoyana; inventé una segunda salida que se llamaba "Los Machitunes". Eran unas reuniones periódicas para comer juntos. Algo así como es ahora el Rotary Club, el Pen Club, y tantos otros clubes. Nos reuníamos una vez al mes. Nos costaba el cubierto algo así como unos tres pesos, y llegamos a reunir en torno a una mesa hasta 80 comensales, que no se saludaban en la vida diaria. Se sentaban al lado, Pedro Lira con Juan Francisco González; Nicanor Plaza con Virgino Arias; estaban todos los

escritores, los viejos y los jóvenes, entre los cuales debo recordar a uno, cuya obra yo epilogué y que terminaba con estas palabras: “Y ahora, yo echo desde tan lejos sobre este muerto mi última paletada de olvido”.

Yo escribía esto desde el Perú para una edición de Carlos Pezoa Véliz, sin figurarme, con esas vueltas de sorpresa que tiene la gloria, que Carlos Pezoa Véliz, iba a ser nuestro gran poeta nacional.

La primera vez que lo conocí, fue dirigiendo yo una revista que se llamaba “Instantáneas de Luz y Sombra”. Un día, estando yo trabajando en la redacción, vi bajar a un hombre de poncho y sombrero ancho, que me dijo con una voz un poco aguardentosa —después supe que no bebía—: “Me llamo Carlos Pezoa Véliz”. Este nombre me era familiar; me había mandado innumerables composiciones, algunas habíamos publicado y otras no, porque yo hacía de censor. Yo le pedí al dueño de la revista, Melossi, muchos años después, que me mostrara aquellas composiciones rechazadas por mí, en el temor de que yo hubiera cometido un disparate. Yo tenía razón; había estado bien que mi censura impidiese publicar aquellas cosas.

El tenía un aspecto de inglés alcohólico; sin embargo, era lo más chileno. Se hizo el Ateneo y Pezoa Véliz vino una noche a recitar en esta sala su “Pancho y Tomás”.

*“Pancho, el hijo del labriego,  
y su hermano, el buen Tomás,  
serán hombrecitos luego:*

*Pancho será peón de riego  
y su hermano, capataz”.*

Me acuerdo que el tren llegaba a las 10 de la noche y yo estaba aguardándolo en la Estación Central. No venía de poncho. Nos abrazamos y fuimos a una cervecería que era de Axel Brink, padre de un gran médico de hoy en día, y que había hecho fortuna recortando siluetas en negro para pegarlas en cartulina blanca y salía de los Casinos con los bolsillos pesados de monedas de plata, que eran de plata.

Pezoa, entre dos chops de cerveza de diez centavos, me leyó “Pancho y Tomás”. Al concluir, le manifesté mi admiración, y entonces, Carlos, con aquella fe que teníamos los unos en los otros, me dijo: “—Ahora podría volverme a Valparaíso sin leer el poema en el Ateneo”.

Un solo consejo me permití darle. Una estrofa que estaba colocada al centro de la composición, le aconsejé que la pusiera la última, y concluye con este verso:

*“Muerto el hijo, también ella,  
ella, el niño, su niñez;  
Tomás llora... ¡Allá una estrella!  
¿Cuándo hallar la dicha aquella?  
El viento sopla: ¡Después...!”*

Este ha sido, pues, el primer sitio donde nuestro primer poeta leyó en público su primera gran composición.

Eran otros tiempos. Después de aquella conferencia sobre Pedro Antonio González, todo el estudiantado de Santiago me esperó a las puertas para aclamarme. En otra ocasión cuando pronuncié un discurso sobre Zola, los estudiantes de la Universidad Católica vinieron a hacer una verdadera batalla. Yo no quería traer a mi abuela. Se sacó a los estudiantes en minoría y a la salida querían quitarle los caballos a nuestro coche.

Cuando volví a esta misma sala el año 16 y leí mi novela "Gatita", los estudiantes todavía de aquella generación, tal vez irónicamente, dijeron: "Quitémosle los caballos al automóvil".

Eran otros tiempos, y sin embargo, seguimos siendo los mismos.

Señoras y señores: Hemos departido juntos esta noche con una intimidad que raras veces se consigue. Os inspiro confianza y vosotros me la inspiráis. Volved cada jueves de este mes. Así yo iré librándome de este peso de los recuerdos que no quiero llevarme conmigo.